

# LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER EN EL NIVEL GENITAL DEL DESARROLLO DE LA LIBIDO (1925)<sup>1</sup>

Karl Abraham



En las dos fases del desarrollo tratadas en los capítulos precedentes, pudimos reconocer *tipos arcaicos de la formación del carácter*. Ellos representan, en la vida del individuo, recapitulaciones de los estados primitivos que atravesó la raza humana en ciertos períodos de su evolución. Aquí tiene también vigencia, como en general en la biología, la regla de que el individuo repite en una forma abreviada la historia de sus antepasados. En consecuencia, en circunstancias normales el individuo atravesará esas primeras etapas de la formación del carácter en un tiempo relativamente breve. En este capítulo, presentaré esquemáticamente una noción del modo como el carácter de hombres y mujeres, en su forma definitiva, está cimentado en esos tempranos fundamentos.

---

1 Abraham, Karl Psicoanálisis Clínico. Cap. XXV. Ed. Hormé. Buenos Aires. 1994

Según la opinión tradicional, se define al carácter como la dirección que toman habitualmente los impulsos voluntarios de una persona. No entra en el propósito de este trabajo emplear mucho tiempo en la búsqueda de una definición exacta del carácter. Sin embargo, no creemos recomendable dejarse influir demasiado por el "hábito" de atribuir una gran importancia a la dirección que toman habitualmente esos impulsos voluntarios. Pues nuestras discusiones anteriores han puesto en claro ya que el carácter es algo mudable. Por lo tanto, será mejor que no convirtamos a su duración y permanencia en un criterio esencial para los rasgos de carácter. Será suficiente para nuestros fines decir que consideramos que el carácter de una persona es la suma de sus reacciones instintivas hacia su medio ambiente social.

Ya hemos visto que en la primera época de la vida, el niño reacciona ante el mundo exterior exclusivamente sobre la base de sus instintos. Es sólo por grados que supera en alguna medida sus impulsos egoístas y su narcisismo, y avanza hacia el amor objetivo. Y, como sabemos, la llegada a esta etapa evolutiva coincide con otro acontecimiento importante, a saber, con la consecución del más alto nivel de organización de la libido, el nivel genital, como se lo denomina. Al pensar, como nosotros lo hacemos, que los rasgos del carácter de hombres y mujeres se originan en fuentes instintivas definidas, esperaremos naturalmente que el desarrollo del carácter de una persona sólo se completará cuando su libido haya alcanzado la fase más elevada de organización, y haya obtenido la capacidad para el amor objetivo. Y de hecho, la teoría de Freud de que la actitud sexual de la persona se refleja en el conjunto de sus actitudes psíquicas, es completamente confirmada por todos los hechos observados también en este campo.

En el primero de estos tres ensayos se ha demostrado en detalle que el individuo sólo es capaz de ocupar su lugar y ejercitar sus facultades plena y satisfactoriamente en su contorno social, si su libido ha alcanzado la etapa genital. Pero todavía no le hemos concedido especial atención al proceso de transición entre la segunda etapa de la formación del carácter, y la tercera y final.

La primera función de esta tercera etapa en la formación del carácter, consiste, por supuesto, en eliminar las huellas que queden de

las etapas más primitivas del desarrollo, en la medida en que sean perjudiciales para la conducta social del individuo. Pues, por ejemplo, éste no será capaz de tener una actitud tolerante y amplia hacia otras personas e intereses distintos de los suyos, hasta que no haya conseguido superar sus impulsos hostiles y destructivos que surgen de fuentes sádicas, o su avaricia y desconfianza derivadas de fuentes anales. Por consiguiente, examinaremos con gran interés el proceso por cuyo intermedio se realiza tal transformación.

Se presenta ante nosotros una abrumadora abundancia de elementos relacionados con los procesos que hemos agrupado bajo el título general de complejo de Edipo, y atrae nuestra atención hacia esta clase de hechos mentales. Si nos limitamos al caso del varón, descubriremos que las más poderosas fuentes de emociones en sus primeros años, son su deseo erótico de su madre y el de apartar al padre de su camino. Y estrechamente vinculadas con ellos están sus ideas acerca de la castración. Si consigue dominar adecuadamente las emociones centradas en este tema, eso tendrá un efecto decisivo sobre la forma que asumirá su carácter. Me contentaré con un examen muy breve de esta cuestión, dado que puedo remitir al lector al trabajo de Alexander, ya publicado<sup>2</sup>, sobre las relaciones entre el carácter y el complejo de castración. En términos generales, podemos decir que cuando el niño ha conseguido superar su complejo de Edipo con todos sus componentes, ha dado el paso más importante hacia la superación de su narcisismo original y de sus tendencias hostiles; y al mismo tiempo 'ha destruido el poder del principio del placer sobre su conducta.

En este punto, me extenderé con más detalles sobre un aspecto particular de este proceso de cambio, pues hasta ahora ha recibido poca atención su importancia para la formación del carácter. Me refiero a la amplia transformación que tiene lugar en la actitud del niño hacia el conjunto de las personas del sexo opuesto, esto es, en primer lugar hacia su madre. Originalmente, el cuerpo de ésta era para él un motivo de curiosidad y temor combinados; en otras palabras, le

---

2 Alexander, Franz "El complejo de castración en la formación del carácter" (1922)

suscitaba sentimientos ambivalentes. Pero gradualmente llega a una catexia libidinal de su objeto amoroso en su totalidad, es decir, incluyendo aquellas partes de él que le despertaban anteriormente sentimientos contrarios. Si esto sucede, surgen en el niño expresiones de su relación libidinal con ese objeto que están inhibidas en cuanto a su meta — sentimientos de cariño, devoción, y semejantes —, y ellas coexisten con sus deseos directamente eróticos. Y en verdad, durante el período de latencia del varón estos sentimientos “con su fin inhibido” predominan sobre sus emociones sensuales. Si el desarrollo del niño continúa siendo normal, estos nuevos sentimientos que se han establecido en relación con la madre, son luego transportados al padre. Extienden gradualmente su campo, y el niño adopta una actitud amistosa y benevolente, primero hacia las personas de su contorno inmediato, y después hacia la comunidad en conjunto. Me parece que este proceso es una base muy importante para la formación definitiva del carácter de la persona. Se produce en el momento en que se está saliendo de esa fase del desarrollo libidinal que Freud ha denominado la etapa fálica. Eso implica que el niño ha llegado a un punto en sus relaciones con sus objetos, en el que ya no tiene una actitud ambivalente hacia el órgano genital de su objeto heterosexual, sino que lo reconoce como parte del objeto a quien ama en su calidad de persona total.

Mientras que en los niveles anteriores del desarrollo del carácter, los intereses del individuo y los de la comunidad se oponen, en el nivel genital ellos coinciden en una amplia medida.

De tal modo, nos vemos conducidos a la conclusión de que el carácter definitivo que se desarrolla en cada individuo, depende de la historia de su complejo de Edipo, y en particular de la capacidad que ha adquirido para transferir sus sentimientos cordiales hacia otras personas, o a todo su medio social. Si ha fracasado en esto, si no ha conseguido desarrollar suficientemente sus sentimientos sociales, la consecuencia directa será una marcada perturbación de su carácter. Entre nuestros pacientes, con cuya vida mental nos familiarizamos durante el tratamiento, en todos sus aspectos, hay un gran número que sufren en mayor o menor grado perturbaciones de esta clase. La historia de su primera infancia nunca deja de mostrar que ocurrie-

ron ciertas circunstancias que impidieron el desarrollo de sus sentimientos sociales. Siempre descubrimos que los impulsos sexuales de estas personas no son acompañados por ningún deseo de relaciones afectuosas. Y de un modo semejante, en la vida cotidiana tienen dificultades en la obtención de un contacto emocional adecuado con otras personas. Hasta qué punto ese desarrollo del carácter, favorable desde el punto de vista social, depende del grado de desarrollo de estos componentes instintivos "afectuosos", se ve muy claramente en una clase de personas cuya infancia ha sido especialmente marcada por las circunstancias de su nacimiento. Me refiero a los hijos ilegítimos. Desde el mismo principio, estos niños han sufrido por una falta de simpatía y afecto por parte de las personas que los rodeaban. Si un niño no tiene ante él ejemplos de amor, será difícil que tenga por sí mismo tales sentimientos, y será incapaz además de descartar esos impulsos primitivos que están originalmente dirigidos contra el mundo exterior. Y sucumbirá así fácilmente a una actitud antisocial. Vemos que sucede lo mismo en los pacientes neuróticos, quienes, aunque nacidos y educados en circunstancias ordinarias, sienten que no son amados, que son la "Cenicienta" de la familia.

Ya que estamos en el tema de la etapa definitiva de la formación del carácter, será conveniente evitar un posible malentendido. No es nuestra intención decir exactamente qué es un carácter "normal". El psicoanálisis no ha establecido nunca normas de este tipo, sino que se contenta con verificar hechos psicológicos. Se comprueba simplemente hasta dónde ha conseguido llegar una persona o grupo de personas, en la línea de desarrollo desde la primera etapa hasta la última, en la estructura de su carácter. Es precisamente la experiencia analítica la que nos enseña que aun el desarrollo caracterológico más completo en un sentido social, representa meramente un éxito *relativo* en la superación de los tipos más primitivos de estructura mental, y que las circunstancias individuales internas y externas determinan hasta dónde se conseguirá la meta final, o hasta qué punto esa consecución será duradera.

En 1913 Freud llamó la atención sobre el caso de una paciente en quien aparecieron, en la época de la menopausia, y al lado de algunos síntomas neuróticos, ciertos fenómenos de involución del

carácter<sup>3</sup>. Ésta fue la primera vez que se hizo una observación de ese tipo. Consideramos a los síntomas neuróticos como productos de una regresión en la esfera psicosexual. Uniendo ambos procesos bajo el encabezamiento general de regresión, Freud pudo explicar por qué se efectúa un cambio en el carácter al mismo tiempo que se forman síntomas neuróticos. Desde entonces, esta observación de Freud ha sido confirmada a menudo. Pero no es sólo en un período particular de la vida cuando el carácter de la persona depende de la posición general de su libido; esa dependencia existe en cualquier edad. El proverbio que dice “La juventud no conoce la virtud” (“Jugend kennt keine Tugend”) expresa la verdad de que en esa etapa el carácter carece todavía de estabilidad o forma definida. Sin embargo, no debemos sobreestimar la fijeza del carácter en los años posteriores sino más bien tener en cuenta ciertos hechos psicológicos que trataré brevemente ahora.

Fue Freud quien primero señaló que, a través del proceso de introyección, pueden efectuarse cambios importantes en la constitución mental del individuo, en cualquier momento. Las mujeres, en particular, tienden a asimilar su carácter al del hombre con el que están viviendo. Y cuando cambian su objeto amoroso, puede suceder que cambien en consecuencia su carácter. Además, vale la pena observar que los esposos que han vivido mucho tiempo juntos tienden a parecerse en el carácter.

Los psicoanalistas están familiarizados con el hecho de que cuando aparece una neurosis, puede involucrar un cambio regresivo en el carácter; e inversamente, una mejoría en la neurosis puede verse acompañada por un cambio del carácter en una dirección progresiva. Hace algún tiempo señalé que en los intervalos entre el retorno periódico de los síntomas, las personas que padecen trastornos cíclicos exhiben un carácter similar al de los neuróticos obsesivos, de modo que de acuerdo con nuestra teoría, ellas progresan desde el nivel oral al anal-sádico.

---

3 Freud, Sigmund. La predisposición a la neurosis obsesiva. (1913).

Pero hay otras razones por las cuales no podemos establecer una norma para el carácter. Como sabemos, los individuos muestran a este respecto amplias variaciones, según su clase social, nacionalidad, y raza. Sólo necesitamos recordar cuán grandemente difieren unos de otros las naciones y grupos de personas en su sentido del orden, su amor a la verdad, su industriiosidad y otras cualidades psíquicas. Pero aparte de esto, cada grupo varía en su conducta en los momentos diferentes. Una nación, por ejemplo, cambiará en el curso *de* su historia sus concepciones de la higiene, la economía, la justicia, etc., más de una vez. La observación ha demostrado, además, que las alteraciones de las circunstancias externas de un pueblo, clase social, etc., pueden implicar cambios radicales en sus categorías dominantes. Todavía está fresco en nuestra memoria el efecto de la Gran Guerra. Vemos así que, tan pronto tienen lugar alteraciones adecuadas en sus relaciones internas o externas, un grupo de personas exhibe la misma mutabilidad del carácter que un individuo.

En los dos trabajos precedentes he demostrado cómo la fase final de la formación del carácter está edificada sobre fases anteriores de su desarrollo, y absorbe elementos esenciales de esas fases. Y atribuimos una importancia especial en la formación del Carácter a las vicisitudes que sufre el complejo de Edipo. De modo que fijar una norma estable para el carácter humano sería negar, no sólo el hecho ya conocido de que el carácter es variable, sino también todo lo que sabemos acerca del modo en que se producen tales variaciones.

Nos sentimos inclinados a considerar como normal, en el sentido social, a una persona que no se ve impedida por alguna excentricidad muy grande en su carácter de adaptarse a los intereses de la comunidad. Pero una descripción como ésta, es muy elástica, y deja lugar para un gran número de variaciones. Desde el punto de vista social, todo lo que se requiere es que los rasgos de carácter del individuo no se lleven a extremos; que aquél pueda, por ejemplo, encontrar algún término medio entre los extremos de la crueldad y la exagerada bondad, o entre la avaricia, y la extravagancia. Antes que nada, debemos evitar el error de establecer una norma respecto a la proporción en que deberían combinarse en una persona las distintas cualidades mentales. No es necesario decir que no intentamos con

esto proclamar el ideal del “dorado medio” en todas las relaciones del hombre con su prójimo.

Se sigue de lo que se ha dicho, que no hay una línea absoluta de demarcación entre los diferentes tipos de formación del carácter. No obstante, en la práctica encontramos que se agrupan con bastante naturalidad en clases distintas.

Los mejores sujetos para la investigación psicoanalítica son esos pacientes que de tiempo en tiempo cambian ciertos rasgos de carácter por otros bajo la observación directa del analista. Un joven que se hizo analizar por mí, cambió gradualmente su actitud hasta tal extremo, bajo la influencia del tratamiento, que prácticamente se libró de ciertos rasgos de su carácter marcadamente antisociales. Antes de eso, era inamistoso, mal dispuesto, altivo y codicioso en su relación con los demás, y de hecho exhibía un gran número de características orales y anales. Esta actitud cambió más y más a medida que pasó el tiempo. Pero con ciertos intervalos irregulares, aparecían violentas resistencias, y eran acompañadas en cada ocasión por una momentánea recaída en la fase arcaica de la evolución del carácter, que ya había parcialmente abandonado. En esas oportunidades, se mostraba desagradable y hostil en su conducta, despreciativo e imperioso en su modo de hablar. Después de haberse conducido de una manera cortés y amistosa, se convertía en desconfiado e irritable. Mientras duraba su resistencia, cesaban todos sus sentimientos cordiales hacia sus circundantes, incluido su analista, y adoptaba una actitud completamente opuesta hacia el mundo exterior. Al mismo tiempo que reaccionaba ante los seres humanos con odio y aversión, centraba sus deseos en objetos inanimados, en un grado desmedido. Todo su interés lo absorbía la adquisición de cosas. De este modo establecía en cuanto era posible una relación de *posesión* entre él y su contorno. Durante este periodo lo dominaba el temor de perder o de que le robaran alguna de sus pertenencias. Toda su actitud hacia el mundo exterior estaba así dominada por ideas de posesión, adquisición y pérdida posible. Inmediatamente después que su resistencia comenzaba a disminuir, su rasgo de carácter oral de la codicia se retiraba al segundo plano, y comenzaba una vez más a mantener relaciones personales

con otras personas, y a tener hacia ellas sentimientos normales que continuaban desarrollándose y estableciéndose.

Los casos de esta especie son particularmente instructivos, no sólo porque muestran la relación que hay entre ciertos rasgos del carácter y un nivel determinado de la organización libidinal, sino también porque evidencian la mutabilidad del carácter; muestran que en ocasiones, el carácter de una persona puede elevarse a un nivel de desarrollo superior, o hundirse en uno más bajo.

La etapa final de la organización del carácter, muestra en todas partes huellas de su asociación con las fases precedentes. Toma de ellas todo lo que conduzca a una relación favorable entre el individuo y sus objetos. De la primera fase oral toma la iniciativa y la energía; de la etapa anal, la resistencia, la perseverancia, y otras varias características; de fuentes sádicas, la fuerza necesaria para mantener la lucha por la existencia. Si el desarrollo de su carácter ha sido exitoso, el individuo puede evitar la caída en exageraciones patológicas de esas características, sea en una dirección positiva o en una negativa. Puede mantener bajo control a sus impulsos sin verse conducido a un completo repudio de sus instintos, como es el caso del neurótico obsesivo. El sentido de la justicia puede servir como ejemplo; en un caso de desarrollo favorable, este rasgo de carácter no está exacerbado hasta ser puntilliosidad extrema, y no es probable que irrumpa violentamente en alguna ocasión trivial. Sólo tenemos que pensar en las muchas acciones que efectúan los neuróticos obsesivos en el sentido de la "equidad": si la mano derecha ha ejecutado un movimiento o tocado un objeto, la izquierda tiene que hacer lo mismo. Ya hemos dicho que los sentimientos cordiales ordinarios son algo muy diferente de las formas exageradas de la bondad neurótica. E igualmente, es posible encontrar un curso medio entre los dos extremos patológicos de demorar todas las cosas o hacerlas siempre apresuradamente; o de ser demasiado obstinado o muy fácilmente influible. En cuanto a los bienes materiales, se llega al compromiso de que el individuo respeta hasta cierto punto los intereses de los demás, pero asegura al mismo tiempo su propia subsistencia. Conserva en alguna medida los impulsos agresivos necesarios para la preservación de su vida. Y

una considerable parte de sus instintos sádicos no la emplea ya con fines destructivos, sino constructivos.

En el curso de esta transformación general del carácter, tal como ha sido esbozada aquí, observamos también que el individuo domina firmemente su narcisismo. En las primeras etapas, su carácter estaba todavía gobernado en amplia medida por los impulsos narcisistas. Y no puede negarse que en su etapa definitiva contiene aún una cierta proporción de tales impulsos. La observación nos enseña que ninguna etapa evolutiva, cada una de las cuales tiene una base orgánica propia, es nunca completamente superada o reprimida. Por el contrario, cada nuevo producto del desarrollo posee características derivadas de la historia anterior. No obstante, aunque en alguna medida se conservan los signos primitivos del amor a sí mismo, podemos decir que la etapa final de la formación del carácter es *relativamente* no narcisista.

Otro cambio de gran importancia en la formación del carácter es aquel en el que el individuo supera su actitud de ambivalencia (hablo nuevamente en un sentido relativo). Ya se han ofrecido ejemplos para mostrar de qué modo el carácter de la persona evita los extremos después de haber llegado a la etapa final del desarrollo. También me gustaría llamar la atención aquí hacia el hecho de que en tanto continúa existiendo en el carácter de una persona un conflicto serio de sentimientos ambivalentes, habrá siempre un peligro, tanto para ella como para su contorno, de que repentinamente pase de un extremo a otro.

De modo que si una persona va a desarrollar su carácter aproximadamente hasta ese punto que hemos considerado como el nivel más alto, debe tener una suficiente cantidad de sentimientos amistosos. Un desarrollo de este tipo va de la mano con una superación relativamente exitosa de la actitud narcisista y de la ambivalencia.

Hemos visto que la opinión corriente sobre la formación del carácter no nos daba ninguna clave real de las fuentes de ese proceso en conjunto. Por otro lado, el psicoanálisis, basándose en la observación empírica, ha demostrado la estrecha relación que hay entre la formación del carácter y el desarrollo psicosexual del niño, en especial las

diferentes fases libidinales y las relaciones sucesivas de la libido con su objeto. Y, además, nos ha enseñado que aún después de la infancia el carácter del individuo está sometido a procesos de evolución e involución.

En el psicoanálisis, consideramos al carácter anormal en estrecha y constante relación con todas las otras manifestaciones de la vida psicosexual de la persona. Esto, y el hecho de que el carácter no es una cosa fija, ni siquiera en los adultos, hacen posible ejercer una influencia correctiva sobre las formaciones del carácter patológicas. El psicoanálisis no está de ningún modo simplemente confrontado con la tarea de curar síntomas neuróticos en el sentido estricto de la palabra. A menudo tiene que tratar al mismo tiempo deformidades patológicas del carácter, y aun en primera instancia. Nuestra experiencia demuestra hasta ahora que el análisis del carácter es uno de los trabajos más difíciles que pueda emprender el psicoanalista, pero es también en algunos casos el más remunerador. Sin embargo, en la actualidad no estamos en condiciones de emitir ningún juicio general acerca de los resultados terapéuticos del análisis del carácter; eso debemos dejarlo a la experiencia futura.